GUILLERMO

Espinosa Estrada

MOMO EN LOS INFIERNOS

UNA PUESTA EN ESCENA
SOBRE LOS REPORTES DE LECTURA,
LA DICTAMINACIÓN DE MANUSCRITOS
Y LOS ABSURDOS DEL CAMPO EDITORIAL ACTUAL

PRÓLOGO DE DANIELA TARAZONA

gris tormenta

GUILLERMO ESPINOSA ESTRADA

(Puebla, 1978) es profesor, ensayista y crítico literario. Cuando escribía la tesis doctoral, empezó a recopilar distintos fragmentos con los que más tarde fundaría el proyecto digital *Bibliotheca Scriptorum Comicorum,* un repositorio de literatura sobre comicidad, antecedente de sus próximas publicaciones. Su primer libro, *La sonrisa de la desilusión*, es un ejercicio de ficción autobiográfica, con ensayos que ahondan en los matices del humor de la sociedad, el mundo del entretenimiento, la literatura y la música. Le siguió *Entre un caos de ruinas apenas visibles*, en el que nuevamente demuestra su interés por el humor, ahora desde una investigación sobre el papel de la risa en distintas civilizaciones. Esa mirada incisiva sobre la risa se ha convertido en un tema central —que limita con lo obsesivo— en sus escritos. MOMO EN LOS INFIERNOS es su tercer libro.

DANIELA TARAZONA

(Ciudad de México, 1975) es narradora, ensayista y editora. Sus escritos tienden a formarse de secuencias que recrean la fluidez y el caos del pensamiento, el lenguaje y la realidad. Es autora de las novelas *El animal sobre la piedra*, *El beso de la liebre* e *Isla partida.* Recibió el Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz en 2022.

Momo
en los infiernos

Momo en los infiernos

Guillermo Espinosa Estrada

Prólogo de Daniela Tarazona

colección editor

gris tormenta

Presentación
9

Prólogo
13

Momo en los infiernos
21

PRESENTACIÓN

La colección Editor

En el universo de los objetos con los que nos relacionamos todos los días, el libro es quizá el más complejo de todos. Sencillo a simple vista, es tal vez el que más particularidades e idiosincrasias contiene, el que más historias encierra. Aunque la publicación de un libro parezca el feliz resultado de un pensamiento claro y directo, la bitácora de gestación y de trabajo de cualquier título —si existiera por escrito— revelaría una trayectoria más bien azarosa, nunca proveniente de un camino lógico ni lineal. La colección Editor intenta mostrar ese largo e inesperado proceso que

existe antes de que un libro llegue a una librería o de que sea abierto por un lector: una exploración literaria desde la curiosidad del editor.

A través de testimonios en primera persona, esta colección de títulos dedicados a los diferentes oficios alrededor del libro propone reflexiones sobre una industria que no suele contemplarse a sí misma muy a menudo. En un presente en donde cualquier persona puede escribir y publicar en el vacío, sin necesidad de editores ni lectores, esta colección propone discusiones en la dirección opuesta: ¿cuáles son los conceptos centrales que se ponderan en los debates editoriales más complejos; las dudas y las certezas; las sutilezas del proceso creativo, esenciales y distintas en cada libro y para cada escritor?

Los autores de los textos que forman la colección reflexionan y ensayan sobre los procesos editoriales y el pensamiento literario que da vida a cada obra —un ejercicio de análisis esencial y atemporal. De la creación

a la edición, de la traducción a la composición, Gris Tormenta tiene un gran interés por esos textos, raros hallazgos e historias originales sobre la maquinaria oculta y las ideas que suceden en el *backstage* del mundo editorial contemporáneo.

PRÓLOGO

Los trabajos y los días

En el mundo sin orillas donde nos tocó vivir sobran libros. Nadie podría leer la totalidad de sus páginas. Y más allá de las mesas y los estantes de las librerías están los manuscritos que nunca verán la luz. Su destino oculto o borrado es responsabilidad, en cierta medida, de la persona que los haya dictaminado para evitar su publicación. Pero ¿habrá entre ellos alguna maravilla de la que nos perderemos? Es probable. Desde hace ya un tiempo parece que los dictámenes responden a las necesidades del mercado editorial. Se rumora que hay editoriales en donde la publicación

de un libro recae en la persona responsable del área de ventas —en este escenario el dictaminador es un pretexto. De hecho, se sabe que más de un par de incisos a completar en un informe de lectura implican respuestas proyectivas sobre el porvenir comercial del libro. Como si el dictaminante fuera, además, un engendro: mitad pitonisa y mitad experto en *marketing.* Por eso, en «Momo en los infiernos», presenciamos diálogos y escenas que son desvíos acerca de la Gran Representación en el teatro de las publicaciones y las intenciones editoriales.

Como si los sujetos dictaminantes fueran especialistas en el concepto de architexto de Gérard Genette, sus ojos atraviesan los lomos de millones de libros para atribuirse el poder de descartar o incluir un manuscrito dentro de un catálogo. Eso no tendría por qué ser problemático: la historia de la literatura está hecha también por los lectores. El conflicto aparece cuando los criterios para borrar o hacer aparecer un texto se confunden con asuntos extraliterarios. Es decir

demasiado, porque aquí Momo está en los infiernos y desde luego no consigue hacer su trabajo como quisiera.

En el sótano de esta obra de teatro se han reunido los manuscritos no solicitados que nunca serán publicados. El trabajo de Momo, el dictaminador que invoca a la mitología griega, cuenta con las facultades de dar luz o enviar al olvido las páginas que no serán leídas. Las Benévolas, medias hermanas de Momo, atestiguan, a la manera de un coro, las decisiones de él, mientras procuran marcar nuevas tendencias de lectura. La función no inicia, sino que recomienza cuando no ha empezado, porque hay un sinnúmero de manuscritos por descartar.

En tiempos de acumulación como los que vivimos, Guillermo Espinosa Estrada ha echado mano de la ironía para escribir esta singular obra de teatro. ¿Cuál es el papel del dictaminador dentro de la Gran Representación del mundo literario? ¿Es un cazatalentos? ¿Puede, en realidad, encontrar entre la pila de manuscritos un diamante en bruto?

¿Por qué sí es importante su «chambita»? ¿De qué criterios parte para dictaminar una obra? Los ojos engolosinados de los editores brillan ante los *blurbs;* entonces, ¿quién podrá salvarnos de la paja en las mesas de novedades? Pero ¿esa paja no es necesaria para que otros libros menos comerciables se puedan publicar? Y mientras Momo continúa con sus parlamentos para reivindicar su tarea porque «a él le pagan para perpetuar la ilusión de meritocracia» se lanzan al mundo más y más libros con el mismo ímpetu con que se multiplica la ropa desechable o se destruyen ecosistemas para obtener aceite de palma.

Hace tiempo que Momo está desilusionado frente a lo que se publica. Las «prosas de algoritmo» se atreven a llevar un cintillo celebratorio. La literatura sobrante, que es la mayoría, piensa Momo.

Si el lector, a las luces de alguna teoría de la recepción, pudiera entenderse como cocreador, Momo representa la lectura imposibilitada. Sus ojos no ven el cauce de

sus ideales. Sus ambiciones no alcanzan a cumplirse, su notoriedad no existe y encima gana poco dinero. La frustración de Momo, el sujeto dictaminante, es parecida a la nuestra. Vamos en busca del libro que deseamos leer con la procuración de una necesidad honda y casi imposible de satisfacer. Parte de lo que encontramos en las mesas de novedades no es aquello que nuestra imaginación anhela, sino, como dice Momo, esas prosas atravesadas por la técnica más primaria: con la voz en *off* de la Máquina y el lamento sostenido de la suerte que no existe cuando se busca la profundidad de algún concepto a través de Google.

En el ensayo «Google: el lenguaje más allá de la gramática», Borys Groys señala que nuestra relación con las palabras ha cambiado tras el uso de esta plataforma, «la primera máquina filosófica conocida que regula nuestro diálogo con el mundo». Los manuscritos por escribirse ¿serán dictaminados por la inteligencia artificial? Desde hace tiempo, la voluntad de los sujetos

dictaminantes está definida por el algoritmo y este por los clics de «me gusta» o «me disgusta». Tal vez quien esté dictaminando a través de nosotros sea la propia Máquina. Fabulo que Momo diría de manera enérgica: «Si se trataba de apretar un botón, siempre hubiera sido mejor escoger la tecla de borrado» —aunque la Máquina suma y resta sin cesar para asegurar que su operación es infalible. Pero ¿las preguntas que hacemos a la Máquina conducen a que escribamos mejor? Momo diría: «Nada de esto vale la pena, dejemos en el sótano los manuscritos sobrantes». Y allí los dejamos, no importa que se hayan convertido en libro. La pretensión es contrarrestada por la trituradora. La última morada de un libro puede ser la prensa que lo convierta en confeti. Antes de eso, podría haber sido hecho trizas en el despacho de alguna editorial, pero esto no legitima al libro. Gracias a los dioses, como el que da nombre a Momo, el misterio de una obra literaria que atraviesa el tiempo pervive y, tal vez, sea cada día más indescifrable. Nada hay nuevo

bajo el sol, pero el sol calienta a la Tierra más que antes.

¿Para qué seguir escribiendo en un mundo como este, Momo? No lo sé. Supongo que para buscar el sentido donde no existe o es diferente al que nos ofrece esta descoyuntada realidad. Porque el purgatorio ya tuvo lugar y lo que resta es internarnos en las llamas del averno para continuar con el trabajo.

DANIELA TARAZONA

Momo en los infiernos

PERSONAJES

MOMO, profesor de literatura y escritor hasta hace poco; ahora sobrevive trabajando como dictaminador en varias editoriales, entre otras múltiples chambitas.

BENÉVOLA PRIMERA, joven promesa, incumplida, de la literatura latinoamericana; hoy está teniendo dificultades para encontrar editorial y considera la autopublicación de su última novela.

BENÉVOLA SEGUNDA, estudia el doctorado en Letras Hispánicas y hace una tesis sobre

ecocrítica y ecopoéticas; ha publicado varias *plaquettes* de poesía y en la actualidad trabaja en su primera novela.

BENÉVOLA TERCERA, promotora de lectura y gestora cultural, así como *booktuber* y tuitera; una editorial transnacional ya le dio un adelanto para que escriba una novela.

ESCENA

Un sótano cuya pared principal está retacada de libros, así como de manuscritos engargolados o sujetos por enormes clips y broches, carpetas, cartapacios y *folders.* Tanto los libros como los manuscritos se multiplican también, desordenadamente, por todo el espacio. Hay muchísimos volúmenes. En un hueco, al centro del librero, se encuentra una gran televisión de pantalla plana. A la izquierda un ventilador (que está activado todo el tiempo) y a la derecha una escalera

en espiral que sube a la planta baja. El resto está amueblado como un estudio convencional: escritorio, computadora, lámpara, archivero, un sillón (que funciona al mismo tiempo como cama) y una máquina trituradora de papel (de cualquier modelo, pero, entre más grande e industrial, mejor).

I

MOMO: Soy un envidioso arrogante y eso me impide apreciar el talento de los demás.
BENÉVOLA TERCERA: Eres un pendejo resentido.
BENÉVOLA SEGUNDA: Y tu nombre es Miopía.
BENÉVOLA PRIMERA: Si James Joyce viviera en esta época, moriría inédito.
MOMO: ¿Qué te hace pensar algo así?
BENÉVOLA TERCERA: *Losers* como tú.

II

BENÉVOLA PRIMERA: ¿Fecha?
MOMO: 18 de septiembre de 1945.
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Autor?
MOMO: Orwell, George.
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Título?
MOMO: *Rebelión en la granja.*
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Evaluación?
MOMO: Fábula estúpida y sin sentido en la que los animales toman el control de una granja, la administran, y su sociedad sigue los mismos pasos que la Unión Soviética, según como la concibe Westbrook Pegler. Todo esto para demostrar que una parábola extendida hasta sus últimas consecuencias es aburrida y obvia. Incluso Pegler consigue una buena frase de vez en cuando, pero esta obra no tiene chiste. Nada recomendable para Knopf.
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Dictamen?
MOMO: Descartada.

III

BENÉVOLA SEGUNDA: Soberbio.
BENÉVOLA TERCERA: Presumido.
BENÉVOLA PRIMERA: Arrogante.
BENÉVOLA SEGUNDA: Desdeñoso.
BENÉVOLA TERCERA: Creído.
BENÉVOLA PRIMERA: Pedante.
BENÉVOLA SEGUNDA: Jactancioso.
BENÉVOLA TERCERA: Charlatán.
BENÉVOLA PRIMERA: Vanidoso.
BENÉVOLA SEGUNDA: Petulante.
BENÉVOLA TERCERA: Presuntuoso.
BENÉVOLA PRIMERA: Altivo.
BENÉVOLA SEGUNDA: Fatuo.
BENÉVOLA TERCERA: Orgulloso.
BENÉVOLA PRIMERA: Obtuso.
BENÉVOLA SEGUNDA: Envanecido.
BENÉVOLA TERCERA: Farsante.
BENÉVOLA PRIMERA: Obcecado.
BENÉVOLA SEGUNDA: Estólido.
BENÉVOLA TERCERA: Engreído.
BENÉVOLA PRIMERA: Fanfarrón.
BENÉVOLA SEGUNDA: Gaznápiro.

BENÉVOLA TERCERA: Insolente.
BENÉVOLA PRIMERA: Sabihondo.
BENÉVOLA SEGUNDA: Sacamuelas.
BENÉVOLA TERCERA: Estúpido.
BENÉVOLA PRIMERA: Despreciativo.
BENÉVOLA SEGUNDA: Vanílocuo.
BENÉVOLA TERCERA: Mamón.
BENÉVOLA PRIMERA: Denostador.
BENÉVOLA SEGUNDA, BENÉVOLA TERCERA Y BENÉVOLA PRIMERA: ¿Puedo mandarte mi manuscrito?, me gustaría saber tu opinión.

IV

BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Fecha?
MOMO: 25 de agosto de 1950.
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Autor?
MOMO: Paz, Octavio.
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Título?
MOMO: *Libertad bajo palabra.*
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Evaluación?
MOMO: Versos obscuros y estúpidos con

algunas expresiones equívocas. Creo, sin embargo, que puede autorizarse, por el escaso número de lectores que leerán estos engendros.
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Dictamen?
MOMO: Mñe.
BENÉVOLA SEGUNDA: Aprobado.

V

BENÉVOLA TERCERA: Hola..., hola... Uno, dos..., uno, dos, probando sonido..., probando sonido...
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Ya le dijiste?
BENÉVOLA TERCERA: No.
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Y qué esperas?
BENÉVOLA TERCERA: Hola, buenas tardes... Uno, dos, tres..., probando, sí, sí, sí..., probando..., sí, sí, sí...
BENÉVOLA PRIMERA: A ti te urge un suplente y él necesita el dinero.
BENÉVOLA TERCERA: Probando, sí... ¿Me escuchan? ¿Se oye bien?

BENÉVOLA PRIMERA: O, bueno, a él le urge el dinero y tú podrías usarlo de suplente.
BENÉVOLA TERCERA: Es que me caga.
BENÉVOLA PRIMERA: A mí también...
BENÉVOLA TERCERA: Ya lo ayudamos con sus dictámenes, ¿y ahora también con esto? Además, no es el tipo de expositor que espera mi auditorio.
BENÉVOLA PRIMERA: Dale chance, porfa... Hazlo por mí...
BENÉVOLA TERCERA: Tú también me cagas.
BENÉVOLA PRIMERA: Hazlo por mamá.
BENÉVOLA TERCERA: Si me deja en ridículo...
BENÉVOLA PRIMERA: Yo me voy a asegurar de que todo salga lo mejor posible.

VI

MOMO: Esto fue hace muchísimos años. Más de veinte. Veinticinco, tal vez. Es Cholula, cuando estudiaba ahí la licenciatura y teníamos una revista literaria. Los volcanes todavía estaban nevados, mira. Todos los

días. Los 365 días del año. Era como tener un sistema natural de aire acondicionado. Y el cielo... Este naranja crepuscular, solo en Cholula. Yo soy ese de la izquierda, con ropa más grande que mi talla y varios kilitos de más. Era otro mundo. Un mundo aún perfectible, ¿sabes?, o así se sentía. Y de alguna manera estábamos ahí para eso, para culminar la evolución de su perfeccionamiento. Por eso nos estamos riendo, de lo inminente de nuestro éxito; de lo inevitable de nuestro triunfo. Aunque el resto lo haya olvidado ya o lo niegue, y ahora asegure haber visto ahí, desde entonces, la semilla del mal. El huevo de la serpiente. Charlatanes. Todos, en nuestros recuerdos, somos extraordinarios profetas.

VII

BENÉVOLA TERCERA: ¿Fecha?
MOMO: 9 de abril de 1959.

BENÉVOLA TERCERA: ¿Autor?
MOMO: Singer, Isaac Bashevis, en traducción de Moshe Spiegel.
BENÉVOLA TERCERA: ¿Título?
MOMO: *La casa de Jampol.*
BENÉVOLA TERCERA: ¿Evaluación?
MOMO: Este es un fragmento de una traducción, en borrador, de la misma novela de Isaac Bashevis Singer que revisé el 10 de enero de 1955. Es Polonia y los judíos ricos, otra vez. Con un trabajo editorial interminable —y una colaboración sinuosa e infinita con el traductor-adaptador, el bien dispuesto Moshe Spiegel— esto podría convertirse en una novela en inglés casi tan buena y tan vendible como *La familia Moskat,* pero yo, honestamente, no creo que valga la pena el esfuerzo y el tiempo de la editorial, aunque estoy seguro de que Spiegel va a insistir hasta lograr que alguien la publique. Personalmente, no la aceptaría.
BENÉVOLA TERCERA: ¿Dictamen?
MOMO: Descartada.

VIII

BENÉVOLA PRIMERA: Una obra maestra.
BENÉVOLA SEGUNDA: La mejor poeta de su generación.
BENÉVOLA TERCERA: Me encanta.
BENÉVOLA PRIMERA: La revelación del año.
BENÉVOLA SEGUNDA: Nuestro Balzac.
BENÉVOLA TERCERA: Cinco estrellas.
BENÉVOLA PRIMERA: El acontecimiento literario de la década.
BENÉVOLA SEGUNDA: La heredera de Rulfo.
BENÉVOLA TERCERA: Chido.
BENÉVOLA PRIMERA: Esta obra es de una erudición exquisita.
BENÉVOLA SEGUNDA: Brillante.
BENÉVOLA TERCERA: *Two thumbs up!*
BENÉVOLA PRIMERA: Cautivador.
BENÉVOLA SEGUNDA: Potente.
BENÉVOLA TERCERA: Chingón.
BENÉVOLA PRIMERA: Fascinante.
BENÉVOLA SEGUNDA: Un parteaguas en el género de la crónica.
BENÉVOLA TERCERA: Amé.

BENÉVOLA PRIMERA: Genial.
BENÉVOLA SEGUNDA: Este autor es de una inteligencia prodigiosa.
BENÉVOLA TERCERA: Mi libro favorito.
BENÉVOLA PRIMERA: Una pinche maravilla.
BENÉVOLA SEGUNDA: Una puta joya.
BENÉVOLA TERCERA: Me cambió la vida.
BENÉVOLA PRIMERA: Legendario.
BENÉVOLA SEGUNDA: Mítico.
BENÉVOLA TERCERA: Un clásico.
BENÉVOLA PRIMERA: Imperdible.
BENÉVOLA SEGUNDA: Un *tour de force.*
BENÉVOLA TERCERA: ¡No pude parar de leerlo!

IX

MOMO: ¿Te acuerdas de esa novela que escribiste el verano pasado? Yo soy el que rechazó tu manuscrito. Sí, soy yo el que la hojeó desdeñosamente, con las cejas levantadas, y al final suspiró. Perdóname. No me lo tomes a mal. Me resultó

imposible distinguir ese encanto, esa alquimia secreta que, de una u otra manera, engendra la literatura. ¿Pude haberme equivocado? Sin duda. Pero que también lo hayan hecho mis colegas de otras editoriales es remoto. Sí, lo sé, estoy consciente y a mí también me intriga: a diario se publican novelas iguales o mucho más chafas que la tuya. ¿Por qué la tuya no? Mira, si por mí fuera, no se hubiera publicado ninguna, pero hay autores que por tener agente o por tener palancas o por tener trayectoria ya no tienen que pasar por el filtro del dictaminador de manuscritos, que soy yo. Buenas tardes, mucho gusto: soy el dictaminador de manuscritos y mi trabajo es separar la paja del heno.

No estoy en la libertad de compartir mi nombre —recuerden que los verdugos llevamos siempre una capucha en el rostro—, tampoco el de las editoriales que me contratan —para evitar, como podrán imaginarse, presiones, cohechos o represalias—, pero pueden llamarme Momo.

Sí puedo decirles, en cambio, que la literatura que nos gusta, esos textos que mis colegas y yo soñamos con publicar, se escriben dos, tres, cuatro, cinco veces. Se los digo porque la gran mayoría de los informes que redacto son negativos, y son negativos porque es obvio que nos mandaron un primer borrador de algo. Con suerte, una segunda versión de ese primer borrador, y así no se puede. Ubíquense. No son enchiladas. Revela que, como artistas, aún no tienen experiencia. Que todavía creen en la inspiración. Que para ustedes escribir es un *hobby,* y eso no está mal, de hecho, está muy bien, pero por lo mismo carecen de oficio. «Autor *amateur*», puedo poner al inicio de un reporte de lectura, por ejemplo. O también: «Texto escrito, mas no corregido». Otro: «Carece de malicia literaria». Este me encanta. Me encanta porque nadie fuera del gremio sabe muy bien qué es, pero dentro todos entienden. En serio, pregúntenle a quien sea. Y les voy a dar otro consejo,

solo porque hoy me siento locuaz: ponderen un poco más a dónde mandan sus textos. Por el amor de Dios, ¡no son hojas volantes! No se tiran al aire como confeti. Hay que reflexionar bien dónde cabe nuestro texto, en qué editorial, en qué colección, y apuntar ahí. De lo contrario, parece que dijeron: «En una de esas es chicle y pega». Da la impresión de que no han leído suficiente. De que desconocen el campo literario y editorial. Y, bueno, da la impresión, también, de que nos quieren ver la oreja.

Pero antes de partir déjenme decirles una cosa más, sin duda la más importante: desistan. No publiquen. Ya no traten de publicar un libro. En serio. Es hora de salir, no de entrar. Es momento de evacuar y ustedes están tapando las salidas de emergencia, ¿me explico? Y esto no es un simulacro. Escriban, reescriban, corrijan y sigan escribiendo, pero no traten de convertirse en una firma. ¡Es una trampa! Escriban un diario. Escriban sus

memorias. Establezcan varias correspondencias, con múltiples destinatarios, simultáneamente. Publiquen en sus redes. Expandan la Wikipedia. Copien a su autor favorito. Tradúzcanlo. Hagan lo que quieran, pero ¿otro libro? Hay muchos libros en el mundo, ¿no les parece? ¿Creen que hace falta otro más? Piénsenlo. Piénsenlo bien. Piénsenlo en serio. Si su respuesta es afirmativa, pregúntense lo siguiente: ese libro que hace falta ¿es el suyo? Sean honestos. Pónganse la mano en el corazón. Les doy tiempo para meditarlo.

X

BENÉVOLA TERCERA: Hola, buenas tardes a todos y todas, muchas gracias por venir.

Hoy, dentro del ciclo de conferencias «El futuro del libro», les tenemos una sorpresa. Un invitado especial. El ponente agendado para esta ocasión no pudo venir, tuvo un contratiempo

—desgraciadamente—, pero hemos preparado algo distinto... ¡Algo incluso mejor! Estamos muy orgullosas de tener aquí entre nosotras al afamado crítico cultural, al mordaz examinador de nuestras costumbres y, pésele a quien le pese, dios olímpico: ¡Momo! Un aplauso, por favor, para este célebre misántropo, y muchas muchas gracias por venir.

XI

MOMO: ¿Fecha?
BENÉVOLA PRIMERA: 30 de octubre de 1962.
MOMO: ¿Autor?
BENÉVOLA PRIMERA: Lucas, Victoria.
MOMO: ¿Título?
BENÉVOLA PRIMERA: *La campana de cristal.*
MOMO: ¿Evaluación?
BENÉVOLA PRIMERA: Recomiendo rechazar.

No estoy segura de qué es lo que vio Heinemann en esta primera novela, a no ser su insolencia juvenil, muy estadounidense.

Pero en definitiva no hay talento genuino suficiente como para que le prestemos atención.

MOMO: ¿Dictamen?

BENÉVOLA PRIMERA: Descartada.

MOMO: Oye, pero dicen que Victoria Lucas es un pseudónimo de Sylvia Plath.

BENÉVOLA PRIMERA: ¿Sylvia Plath? ¿La poeta?

MOMO: Así es.

BENÉVOLA PRIMERA: Evaluación dos: He releído, o más bien he leído de forma más atenta, *La campana de cristal* a sabiendas de que la escribió Sylvia Plath, cosa que le agrega considerable interés por su flagrante y obvio autobiografismo, pero sigue sin ser una buena novela. El problema es que no logra usar su material de manera novelística: no hay punto de vista; no discrimina entre la experiencia de ser la ganadora de un concurso de señoritas en Nueva York, el ataque de nervios subsecuente y los intentos de suicidio; ni la atrevida pérdida de la virginidad al

final. Una siente que la señorita Plath está escribiendo esto sencillamente porque estas cosas le pasaron a ella y cree que los incidentes son, en sí mismos, una buena historia, pero al mezclarlos no necesariamente se produce una novela. Una nunca siente, por ejemplo, la profunda angustia que llevará a esta chica al suicidio. Es una lástima porque la señorita Plath tiene un don con las palabras y una mirada aguda para el detalle vívido e inusual. Tal vez para la próxima pueda usar su talento de una manera más efectiva, sobre todo ahora que se ha sacado este libro de su sistema nervioso.

MOMO: ¿Dictamen?

BENÉVOLA PRIMERA: Descartada.

XII

BENÉVOLA SEGUNDA: Al interior del Museo Histórico del Condado de Clark, en Vancouver, Washington, Estados Unidos,

se encuentra la legendaria Biblioteca Brautigan. ¿Han escuchado hablar de ella? Es un experimento peculiar: resguarda exclusivamente textos rechazados por la industria del libro. En el momento en que un autor se rinde y da por concluida su tentativa de ser publicado, puede mandar ahí su manuscrito —impreso o digital— para la consulta y lectura de cualquier curioso. La finalidad, dicen en su página web, es «reunir armoniosamente lo indeseado, los efusivos y condenados volúmenes de la escritura estadounidense», pero una rápida ojeada a sus estanterías produce una sensación menos placentera. Recuerda, si acaso, a esos gabinetes anatómicos de ciencias naturales donde todavía conservan, en frascos llenos de formol, criaturas monstruosas. Miles de universos contrahechos, uno detrás de otro, donde penan personajes chatos y sin dimensiones por culpa de un demiurgo desidioso. Incontables volúmenes hinchados de lirismo, confesiones autobiográficas y delirios

febriles de quienes confunden la obscenidad con el oficio. La literatura, la buena literatura, en ocasiones tiene la virtud de encontrarle un sentido a la vida, pero el acervo de la Biblioteca Brautigan, como si de un laberinto de espejos se tratara, solo multiplica su caos y sinsentido.

XIII

MOMO: Hola, buenas tardes. Después de esa presentación tan generosa —¡muchas gracias!—, espero no decepcionar las expectativas de nadie.

Y es que hoy vengo a platicarles de un personaje menor, casi podríamos decir que minúsculo, en el complejo engranaje editorial contemporáneo. Me refiero a la figura —siempre polémica, ¿verdad?— del dictaminador de manuscritos. O lector, lector externo, como también se le denomina —e incluso «cribador», he escuchado—, que ha sido una de mis

muchas profesiones o, mejor dicho, una de mis principales ocupaciones. Sé que esperaban ver a alguien más hoy, el ponente anunciado en el programa era un editor... Déjenme ver..., lo tengo por aquí... ¡Adolfo Castañón! Adolfo Castañón era la persona programada para este día, pero al parecer tuvo un inconveniente y ya no pudo estar con ustedes; por ello las organizadoras me lo pidieron a mí, aunque no soy Adolfo Castañón. No solo porque soy Momo, sino porque, ya saben, ¡no soy Adolfo Castañón! ¿Me explico? Pero no se preocupen, soy un profesional, así que déjenme decirles... que la charla..., esta charla... Déjenme decirles, está bajo control. Muchas gracias al Centro de Innovación y Formación Profesional para la Industria Editorial de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana por la invitación, así como a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara por su hospitalidad, y, sin más dilación, comenzamos.

XIV

BENÉVOLA SEGUNDA: Momo era un dios.

BENÉVOLA TERCERA: Y vivía en el Olimpo.

BENÉVOLA PRIMERA: Era hijo de la Noche.

BENÉVOLA TERCERA: Sin padre conocido.

BENÉVOLA SEGUNDA: Y hermano de la Miseria.

BENÉVOLA PRIMERA: Y, para ser sinceras, medio hermano de nosotras, las Euménides —o Benévolas, como nos dicen, también.

BENÉVOLA SEGUNDA: Cuenta Esopo que un día los dioses hicieron un concurso y le pidieron a Momo que fuera juez de la contienda.

BENÉVOLA TERCERA: Zeus hizo al toro.

BENÉVOLA PRIMERA: Prometeo hizo al hombre.

BENÉVOLA SEGUNDA: Y Atenea hizo la primera casa, pero Momo declaró el premio desierto.

BENÉVOLA TERCERA: Dijo que el toro debía tener los ojos en los cuernos, para embestir mejor.

BENÉVOLA PRIMERA: Que el hombre debía tener una ventana en el corazón, para revelar sus verdaderas intenciones.

BENÉVOLA SEGUNDA: Y que la casa debía tener ruedas, para poder alejarnos de vecinos insoportables.

BENÉVOLA PRIMERA: Desde entonces fue expulsado del Olimpo.

BENÉVOLA TERCERA: Pero ¿cuál es la moraleja de esta historia?

BENÉVOLA PRIMERA: ¿No es obvio?

BENÉVOLA TERCERA: ¿Que nunca hay que declarar un premio desierto?

BENÉVOLA PRIMERA: No, mujer, ¡que a los dioses no se les corrige!

BENÉVOLA SEGUNDA: Aunque si se fijan...

BENÉVOLA PRIMERA: ¿Qué? Si nos fijamos, ¿qué? Son dioses. No se les corrige. Punto.

XV

MOMO: Acepté esta invitación —este «bomberazo», como decimos en el gremio—

porque, bueno, es la excusa idónea para poner en orden una serie de ideas que tengo sobre la dictaminación editorial contemporánea, por supuesto, pero también, y siendo muy sincero, por el pago, ¿no?, por la remuneración, que no es mucha —no creo que sea lo que le habían ofrecido a Castañón, por ejemplo—, pero es algo y no puedo darme el lujo de rechazarla. Porque déjenme decirles, para ir entrando en materia, que el dictaminador de manuscritos no gana mucho, de hecho, no gana casi nada... O tal vez sería mejor empezar diciendo que, al menos ahora, en la actualidad, no hay dictaminadores de manuscritos, así como tal, sino que hay gente que, de vez en cuando, se gana unos pesos haciendo este trabajo. No dudo que, en otros países, con industrias del libro más robustas, se haya profesionalizado esta labor; pero hoy, más que un oficio, es una actividad remunerada. Pierre Bourdieu la denomina como... Déjenme ver..., tengo una cita por aquí...

Como «trabajitos llamados alimenticios que ofrece la propia profesión». Una «chambita», diríamos nosotros, ¿no? Una chambita que nos convierte momentáneamente en dictaminadores, pero que, apenas la terminamos, dejamos de serlo. Una «chambita contingente», si gustan, para no quedarnos atrás en eso de acuñar términos. Una chambita contingente que paga poco, casi nada, cuando paga, porque también, en algunas ocasiones, he tenido que hacerla gratis, a cambio de nada o a cambio de libros o para quedar bien con algún editor o alguna editora. Pero siguiendo con la reflexión de Bourdieu, y como decía, para ir entrando en el *quid* de la cuestión, él apunta que todos estos «trabajitos llamados alimenticios», como los de «lector o corrector en las editoriales», están muy mal remunerados, pero que algunos aspirantes a escritores los toman porque, cito: «tienen la ventaja de situar a sus ocupantes en el centro mismo del "medio"». Esto es muy importante para lo que vengo a decirles hoy: estas chambitas, como la dictaminación, pagan de formas oblicuas; pagan, si acaso, simbólicamente. «Tienen la ventaja de situar a sus ocupantes en el centro mismo del "medio" —dice Bourdieu—, allí donde circulan las informaciones que forman parte de la competencia específica del escritor y del artista, donde se traban las relaciones y se adquieren las protecciones útiles para acceder a la publicación, y donde se conquistan a veces las posiciones de poder específico (los estatutos de editor, de director de revista, de colección o de obras colectivas) que pueden servir para incrementar el capital específico.» Es decir, mucho de este trabajo tiene como finalidad «trabar relaciones», ya sea para publicar o para escalar posiciones de poder. Yo, aunque no he sabido aprovechar del todo mi lugar «en el centro mismo del "medio"», puedo decirles, sin embargo, que esta charla, por ejemplo, sin ir más lejos, esta charla es, sin duda, una forma de

cobrar simbólicamente parte de ese trabajo que no se me ha pagado del todo o se me ha pagado mal. Tener el privilegio de sustituir a alguien como Adolfo Castañón y cobrar por ello —cobrar un poco, tampoco crean que tanto— es una suerte de recompensa por haber ejercido la chambita contingente que hoy nos ocupa.

XVI

BENÉVOLA PRIMERA: Según el tabulador de la Universidad Nacional Autónoma de México, esto es lo que su departamento de publicaciones paga por informe de lectura:

DICTAMEN	TARIFA
De personas externas a la UNAM	$1,000/5,000
De menos de 100 cuartillas	$1,000
De 101 a 200 cuartillas	$1,500
De 201 a 300 cuartillas	$2,000
De 301 a 400 cuartillas	$2,500

De más de 400 cuartillas	$3,000
En otro idioma	A tratar

Considerando que Momo, sin importar la extensión del manuscrito encomendado, tiene como regla de oro no invertir en un dictamen más de una jornada laboral, y teniendo en cuenta que la mayoría de los mexicanos recibe, en promedio, un salario de 250 pesos al día, no me parece tan malo el pago, sinceramente.

BENÉVOLA SEGUNDA: Bueno, esa comparación lo único que prueba es que todos estamos mal pagados, no que los lectores cobren bien. Por otro lado, no creo que todas las editoriales paguen como la UNAM.

BENÉVOLA TERCERA: Yo no sé de qué se queja, si ni lee los libros.

BENÉVOLA SEGUNDA: Cómo no va a leer los libros, por favor, no le levantes falsos. Además, no solo es leer, también tiene que escribir un reporte.

BENÉVOLA TERCERA: Bueno, tú lo has visto, los «lee» en diagonal.

BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Fecha?
BENÉVOLA TERCERA: 7 de mayo de 1965.
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Autor?
BENÉVOLA TERCERA: Sábato, Ernesto.
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Título?
BENÉVOLA TERCERA: *El túnel.*
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Evaluación?
BENÉVOLA TERCERA: Nos encontramos ante el relato de las consecuencias de un amor ilícito. En el fondo, a la manera de los cultivadores del absurdo —un Camus, por ejemplo—, hay una defensa apasionada de la fidelidad en el amor, pero se parte del equívoco de que el amor puede ser ilícito. En el empeño de defender esa, en consecuencia, falsa fidelidad, se justifica el asesinato.
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Dictamen?
BENÉVOLA TERCERA: Descartada.

MOMO: Entonces, veamos... Dictaminar... Dictaminar... *Dictaminar,* que proviene del latín tardío *dictaminar* —para empezar *ab ovo,* ¿no?, desde el origen—, significa «dar dictamen», es decir: dar «opinión y juicio que se forma o emite sobre algo». Entró al castellano en la primera mitad del siglo XVI y, según Corominas, lo hace en las *Epístolas familiares,* de fray Antonio de Guevara, publicadas en Valladolid en 1539.
BENÉVOLA PRIMERA: «La ley positiva, como es humana y por hombres hecha, es menester oírla, leerla, aprenderla y aun entenderla; mas la ley natural, como es ley divina y que está en nuestros coraçones enxerta, no hay necesidad de leerla ni aprenderla, sino de solamente obrarla, porque a cada uno le basta solo el ditamen de la razón para saber lo que es obligado a hacer y de lo que como hombre se debe guardar.»

MOMO: ¿La vieron? Ahí está. ¿No les resulta conmovedor atestiguar el nacimiento de una palabra? A mí sí, siempre, aunque sea en forma escrita, como en este caso. No deja de asombrarme la capacidad que tienen algunos escritores —no todos, solo algunos espíritus elegidos— para inventar otras formas de decir, para representar una nueva realidad, o al menos una nueva forma de ver la realidad. Y aquí la tenemos chimuela —*ditamen*—, dando sus primeros pasos, todavía sin la restitución del grupo consonántico *-ct-*, que le va a crecer hasta el siglo siguiente: *dictamen.* «El ditamen de la razón», dice Guevara; es decir, lo que nos manda la conciencia. Pero este vocablo, esta palabrita balbuceante, anuncia una herencia siniestra también, una genealogía incómoda que se manifiesta en sus parientes etimológicos más cercanos. ¿Alguien sabe quiénes son? Les presento a su familia nuclear: *Dictador, Dictadura* y *Dictatorial.* ¿Qué es lo que quiero decir? Que en todo ejercicio

dictaminador se entrelaza, inevitablemente, el sentido común con el totalitarismo.

XIX

BENÉVOLA PRIMERA: La primera vez que Momo tuvo que hacer un dictamen fue en una revista estudiantil, a finales del siglo XX.

BENÉVOLA TERCERA: Desde entonces se embriagó con el simbólico y casi ínfimo poder de decidir a quién publicaba y a quién no.

BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Pero eso aún define quién es escritor y viceversa?

BENÉVOLA PRIMERA: O, en otras palabras, establece quién debe ser escuchado y quién no.

BENÉVOLA SEGUNDA: En su defensa, él no toma la decisión final, solo informa si vale la pena publicar el texto.

BENÉVOLA PRIMERA: Pero ¿cómo saber eso? ¿Cómo saber si algo «es bueno»?

BENÉVOLA TERCERA: Evidentemente, él no lo sabe.

BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Entonces por qué lo contratan para eso?

BENÉVOLA TERCERA: Yo qué voy a saber... Porque a nadie le importa la suerte que corran estos manuscritos. Míralos, amarillean; este incluso está escrito a máquina.

BENÉVOLA PRIMERA: No, a él le pagan... Se me está ocurriendo una idea... A él le pagan para perpetuar la ilusión de meritocracia. Escuchen esto: cualquier editorial que acepta manuscritos no solicitados se compromete tácitamente a ponderar, en igualdad de circunstancias, cualquier texto, ¿estamos de acuerdo? Pero, como tú bien dices, a nadie en la empresa le importan estas obras porque ellos se dedican, en realidad, a publicar textos contratados directamente con los autores o sus agentes, textos recomendados por otros autores o editores, textos que tal vez nunca pasaron por las manos de un lector externo. ¿Entonces para qué pagarle a uno?

BENÉVOLA TERCERA: ¿Para simular que su catálogo, al menos en parte, está conformado por lo mejor de este tipo de manuscritos no solicitados?

BENÉVOLA PRIMERA: ¡Exactamente!

BENÉVOLA SEGUNDA: No sé, se me hace una suposición muy cínica, la verdad.

BENÉVOLA PRIMERA: Así fingen que son una institución abierta, democrática, dispuesta a descubrir talentos nuevos, provengan de donde provengan, y hacerlos públicos, aunque en realidad, como empresas, practiquen más bien una política elitista y casi podríamos decir que endogámica.

BENÉVOLA SEGUNDA: Tal como presentan las cosas, este sótano sería el infierno editorial donde los manuscritos no solicitados están condenados a la oscuridad por siempre.

BENÉVOLA PRIMERA: Y Momo, nuestro culto y perspicaz hermano, es su despiadado celador.

XX

MOMO:

Querida:

Te anexo los dictámenes que me pediste. Ya tendrás tiempo para echarles un vistazo, pero, como podrás imaginarte, ninguno resiste la prueba del ácido. Para no hacerte el cuento largo, ya sabes: los versos ripiosos y onanistas; las novelas ingenuas, coyunturales y prefabricadas; los cuentos también, convencionales los más, «redondos» y con su *knock out* de rigor. ¿Cuántos *jabs* puede conectar un narrador en toda su carrera antes de ser previsible? ¿Tres? ¿Cuatro? Hablo de auténticos *jabs,* eh. En fin, como siempre: palabrería, hojarasca, prosa de aficionados que no trabajan con el lenguaje porque piensan, todavía, que la escritura es un asunto de temas y no de estructuras; de tramas y no de formas. Pero en una de esas te interesa alguno y, quién sabe, resulta que vende y hasta los saca

de deudas. Más de un texto pide a gritos una adaptación a la pantalla y otro, ya lo verás, parece ser el ejercicio inverso: una adaptación de la serie televisiva al formato libro.

¿Me puedes pasar los montos para hacer mi recibo de honorarios? Como te conté por teléfono, me da muchísima pena, pero, la verdad, ya no puedo aceptar pago en especie, y menos de títulos que ni siquiera dictaminé, ¡es el colmo! Fuera de broma, gracias por los manuscritos que me mandas, las invitaciones, los correos, todo. Agradezco tu preocupación, pero —insisto— estoy bien, o voy a estar bien, creo, y tú, por favor, deja de sentirte culpable. Esto por lo que estoy pasando es algo transitorio, creo que es un asunto conceptual: cosa de actualizar mi marco teórico. Por eso también dejé las clases, ¿te conté? Me resultaba esquizofrénico no poder empatar la tradición con lo que creo que nos pide el presente. En otras palabras, creo que la tradición es

responsable de lo que nos pide el presente y por lo mismo no sé si debamos seguir enseñándola.

Con respecto a que te mande algo para que lo publiquen, gracias también por eso, pero la verdad no tengo nada. Y probablemente no lo tendré en mucho tiempo. Para ponerlo en términos darianos: aún persigo una forma que no encuentra mi estilo. Además, me invitaron a dar una conferencia, y no pude negarme. La sola idea de asistir hace que me duela el cuerpo, pero necesito cobrar, algo, lo que sea. Mis hermanas están chingando, y lo peor de todo es que tienen razón: si voy a quedarme aquí, con mamá, debería, al menos, colaborarle con los gastos. Así que, aunque hay poco tiempo, creo que puedo prepararla. Al menos improvisarla, ¿no? ¿Qué tan difícil puede ser?

Un abrazo de tu amigo,
Momo

XXI

BENÉVOLA SEGUNDA: Se consumieron cien litros de agua, más o menos, para producir el papel necesario para imprimir este libro. Para imprimirlo una vez. Un ejemplar. No un tiraje de mil o de quinientos, que implicaría multiplicar la primera cifra por... Ustedes me entienden. Eso sin contar la madera, la tinta, la impresión, la distribución... Cien litros de agua. ¿Lo sabían? Un poquito apabullante, ¿no les parece?

XXII

MOMO: Fray Antonio de Guevara nació en 1480, en un mundo donde no existía aún la dictaminación editorial. En aquella época, aunque ya funcionaba la imprenta, seguía imperando un criterio premoderno en el que, básicamente, se publicaba lo que fuera. No quiero decir que existiera una «libertad de prensa», eso sería

absurdo, pero sí podemos proponer que, desde tiempos remotos, remotísimos incluso, desde hace unos cuatro mil años —al menos desde que se pasó de la escritura como inscripción sobre minerales a la escritura como registro en papiro—, todo aquel que podía escribir escribía lo que quería o lo que le pedían y luego lo mandaba copiar. Si tenía muchos recursos —piensen ustedes en un papa, un rey o algún otro noble acaudalado—, el texto empezaba a circular con varios ejemplares, tal vez decenas. Si el autor no tenía ni dónde caerse muerto y no estaba al amparo de alguna figura o institución poderosa, el documento tenía que defenderse solo y encontrar entre sus lectores a sus propios copistas. Un poco como el *samizdat* soviético, ¿no?, que consistía en copiar y distribuir manualmente literatura clandestina; o, para no ir tan lejos, la piratería contemporánea, que se encarga de circular, fuera del mercado, textos gratuitamente.

Pero las cosas cambiaron el 8 de julio de 1502, año en que los reyes católicos, dándose cuenta de cómo funcionaba la nueva tecnología editorial, decretaron la siguiente pragmática:

BENÉVOLA SEGUNDA: «Mandamos y defendemos...»

MOMO: Es decir, «prohibimos».

BENÉVOLA SEGUNDA: «... que ningún librero ni impresor de moldes, ni mercaderes, ni factor...»

MOMO: Es decir, «comerciante».

BENÉVOLA SEGUNDA: «... de los suso dichos, no sea osado de hacer imprimir de molde de aquí adelante por via directa ni indirecta ningun libro de ninguna facultad o lectura o obra, que sea pequeña o grande, en latin ni en romance, sin que primeramente tenga para ello nuestra licencia y especial mandado.»

MOMO: En otras palabras, a partir de ese día, y por primera vez, cualquier texto, para ser impreso, requiere de un permiso. Este permiso, esta «licencia», como se le

conocía, solo se va a otorgar después de que...

BENÉVOLA SEGUNDA: «... con mucha diligencia hagan ver y examinar los dichos libros y obras.»

MOMO: ¿Y quién creen que va a revisar cada uno de los documentos que los impresores quieren vender? Adivinaron:

BENÉVOLA SEGUNDA: «... algun letrado muy fiel y de buena conciencia de la facultad que fueren los tales libros y lecturas; el qual sobre juramento, que primeramente haga, que lo hará bien y fielmente, mire si la tal obra está verdadera, y si es lectura auténtica o aprobada, y que se permita leer, y que no haya duda; y siendo tal, den licencia para imprimir y vender.»

MOMO: Ese «letrado muy fiel» es el primer dictaminador de manuscritos, el papá del dictaminador contemporáneo y el abuelo del dictaminador del porvenir, quien, además de leer y aprobar o rechazar los textos, tiene la obligación de que...

BENÉVOLA SEGUNDA: «... despues de imprimido...»

MOMO: El libro.

BENÉVOLA SEGUNDA: «... lo recorran...»

MOMO: Es decir, «lo revisen».

BENÉVOLA SEGUNDA: «... para ver si está qual debe, y así se hagan recorrer los otros volúmenes, para ver si estan concertados.»

MOMO: Este primer dictaminador, entonces, o más bien censor —porque en última instancia eso es lo que somos—, debe revisar los libros ya impresos, hoja por hoja, para asegurarse de que lo que aprobó es lo que se imprimió. Finalmente, la pragmática cierra con la siguiente sugerencia:

BENÉVOLA SEGUNDA: «... al dicho letrado hagan dar por su trabajo el salario que justo sea; con tanto que sea muy moderado, y de manera que los libreros e imprimidores, y mercaderes y factores de los libros, que lo han de pagar, no resciban en ello mucho daño.»

XXIII

BENÉVOLA PRIMERA: Él es un envidioso arrogante, y eso le impide apreciar el talento de los demás.
MOMO: Sí, sí, soy un pendejo resentido.
BENÉVOLA TERCERA: Así es.
MOMO: Y mi nombre es Miopía, ¿no?
BENÉVOLA SEGUNDA: Efectivamente.
BENÉVOLA TERCERA: Si todo mundo sabe que en gustos se rompen géneros, hombre.
BENÉVOLA PRIMERA: Esa es una verdad del tamaño de una catedral.
MOMO: No empiecen con sus cosas, por favor.
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿A qué creen que se refiere la gente con «géneros»?
BENÉVOLA TERCERA: Ni idea.
BENÉVOLA PRIMERA: Porque a final de cuentas todo es subjetivo, ¿no?
BENÉVOLA TERCERA: Así es, todo depende del cristal con que se mire.
BENÉVOLA PRIMERA: Todo mundo lo sabe.
MOMO: ¡Basta!

BENÉVOLA SEGUNDA: Digamos que estamos de acuerdo en nuestro desacuerdo.
BENÉVOLA TERCERA: Es que trata de ponerte en nuestros zapatos.
MOMO: Dios santo...
BENÉVOLA PRIMERA: Todos vemos la paja en el ojo ajeno, pero no la viga en el propio.
BENÉVOLA SEGUNDA: Y el buen juez por su casa empieza.
BENÉVOLA TERCERA: Pero, en casa de herrero, azadón de palo.
MOMO: Y, farol de la calle, oscuridad de su casa.
BENÉVOLA SEGUNDA: Qué hermoso es el refranero, ¿no les parece?
BENÉVOLA PRIMERA: Bellísimo.
MOMO: En ese punto no puedo más que coincidir.
BENÉVOLA TERCERA: Ay, el refranero.
BENÉVOLA PRIMERA: En esa época sí sabían escribir, para que vean.
BENÉVOLA SEGUNDA: Literatura gnómica, le llaman.
BENÉVOLA TERCERA: ¿Gnómica?

BENÉVOLA PRIMERA: Sí, gnómica.
BENÉVOLA TERCERA: ¿Al refranero?
MOMO: Es cierto.
BENÉVOLA TERCERA: ¿Por qué? ¿Por su brevedad, de «gnomo»?
BENÉVOLA SEGUNDA: No, por el griego *gnome,* de donde viene *gnosis, gnoseológico, gnóstico.*
MOMO: Significa «conocimiento».
BENÉVOLA TERCERA: ¿Se imaginan hacer un refrán?
BENÉVOLA PRIMERA: Imposible, todos los grandes refranistas han muerto hace siglos.
MOMO: Ahora escriben tuits.
BENÉVOLA PRIMERA: Pero qué te pasa, idiota, ¡no es lo mismo!
BENÉVOLA SEGUNDA: Una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.
BENÉVOLA TERCERA: «A más lecturas, más idiota.»
BENÉVOLA SEGUNDA: No, no, como que le falta algo.
BENÉVOLA TERCERA: Tienes razón, no termina de funcionar.

BENÉVOLA PRIMERA: «No hay más idiota que el que lee muchos libros.»
BENÉVOLA TERCERA: Mejor, mejor.
BENÉVOLA SEGUNDA: «No hay más iletrado que el que solo sabe leer.»
BENÉVOLA PRIMERA: ¡Muy bien!
BENÉVOLA TERCERA: ¡Qué bárbara! Felicidades.
MOMO: La máxima es un género que pronto, podría apostarlo, volverá a estar en boga.

XXIV

BENÉVOLA PRIMERA: Para el dictaminador, hacer un reporte de lectura es dinero en la bolsa. Leer, resumir y evaluar le resulta muy sencillo, casi mecánico; podríamos decir que burocrático. Pero, más que por el pago —que no es mucho—, o por el prestigio —que es inexistente—; más que por el anhelo de situarse «en el centro mismo del "medio"», como dice Bourdieu, el dictaminador lo hace porque mantiene

la esperanza que guardaron, en algún momento, todos sus ancestros: la de descubrir, un día, en la pila de manuscritos arrinconados, un diamante en bruto. Recorrer sus páginas con incredulidad, asombro y gratitud. Experimentar un momento «¡Eureka!» y correr desnudo por las calles de Siracusa gritando: «¡Lo encontré! ¡Lo he hallado!». Sin la envidia del colega mezquino, el dictaminador auténtico quiere advertir el talento de los otros, no encarnarlo. Leer y reconocer la obra maestra, no escribirla. A Momo le cuesta admitir que, hasta ahora, después de años de lecturas inéditas, solo se ha topado por ahí, muy raramente, con algunas piezas de bisutería. No están mal, pero no es suficiente, y piensa que, tal vez, todo ese trabajo no haya valido la pena.

XXV

MOMO: Desde siempre un manuscrito herético, así como uno subversivo, o incluso

cómico, corría el riesgo de ser confiscado y destruido por alguna institución civil o eclesiástica. Sería absurdo, desde luego, suponer que en un universo anterior a Gutenberg no existiera la censura; incluso su poseedor arriesgaba la vida, ya no digamos su autor. Pero lo que las autoridades modernas fueron descubriendo de forma paulatina es que la imprenta les permitía, por primera vez en la historia, un control casi absoluto en la fabricación de los libros. A los manuscritos, lentos en su reproducción, había que seguir persiguiéndolos de la forma tradicional, pero esta tecnología de punta estaba bajo control. Y la pieza clave de este mecanismo represivo es ese «letrado muy fiel» que a cambio de muy poco, de un «salario que justo sea; con tanto que sea muy moderado», aprueba con un «Parecer» los textos para su licencia y luego, ya impresos, los revisa para asegurarse de que se imprimió cada una de las palabras que él autorizó. Este es el bochornoso origen del

dictaminador editorial: un esbirro de la Corona que, aliado también con la Iglesia, mantuvo a raya cualquier tipo de heterodoxia, cualquier tipo de disensión, que pudiera poner en riesgo la legitimidad de esas dos instituciones, a cambio de una palmadita en la espalda.

Ahora, las cosas se mantuvieron más o menos igual, en buena medida inamovibles en la vieja y en la Nueva España, hasta principios del siglo XIX. Fue el 10 de noviembre de 1810, gracias al ímpetu de los ideólogos ilustrados, que las Cortes de Cádiz decretaron lo siguiente:

BENÉVOLA TERCERA: «Todos los cuerpos y personas particulares, de cualquiera condición y estado que sean, tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revisión o aprobación alguna anteriores a la publicación, bajo las restricciones y responsabilidades que se expresarán en el presente Decreto.»

MOMO: Las «restricciones» que se mencionan tienen la finalidad de proteger el feudo de la Iglesia católica, ya que se establece que...

BENÉVOLA TERCERA: «... todos los escritos sobre materia de religión quedan sujetos a la previa censura de los ordinarios eclesiásticos, según lo establecido en el Concilio de Trento.»

MOMO: Pero, aunque este edicto sea una victoria parcial, los tiempos estaban cambiando. Pronto la norma será una libertad de expresión sin cortapisas. Se iban a desarrollar, por desgracia, otros métodos de censura con la finalidad de someter a un nuevo enemigo: la prensa. Pero el libro se convirtió, en la incesante aceleración capitalista, en un exconvicto avejentado y prudente que, inofensivo, ya no tuvo que pedir licencia para nada.

Aun así, la incógnita para mí es ¿por qué los dictaminadores literarios continuaron e, incluso, se multiplicaron?

XXVI

BENÉVOLA PRIMERA: ¿Fecha?
BENÉVOLA SEGUNDA: 10 de abril de 1969.
BENÉVOLA TERCERA: ¿Autor?
BENÉVOLA SEGUNDA: Munro, Alice.
MOMO: ¿Título?
BENÉVOLA SEGUNDA: *Danza de las sombras.*
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Evaluación?
BENÉVOLA SEGUNDA: Me encantaron estos cuentos. Están llenos de episodios sobre lo agonizante que es madurar, de anhelos e inseguridades femeninas, de la vida cotidiana y de la batalla por sobrevivir en medio de la depresión, que siempre resulta más taciturna en Canadá. Y aun así no son desalentadores, porque la señorita Munro escribe bien y capta la chispa vital de su gente. Sin embargo, como volumen, creo que no hay nada particularmente nuevo ni emocionante y será ignorado con facilidad u hojeado con rapidez, para después caer en el olvido. Y Alice Munro no es tan joven. También sospecho que su

fuerte es el cuento; no parece tener el largo alcance de la novelista. Aunado a estos pequeños inconvenientes está el hecho de que tenemos a Margaret Laurence y vamos a publicarle un libro de cuentos que se desarrolla durante el mismo contexto y periodo, así que tal vez alguien más deba hacer esto. Ojalá, porque realmente me gustaría verlos publicados.
BENÉVOLA TERCERA: ¿Dictamen?
BENÉVOLA SEGUNDA: Descartado.

XXVII

MOMO: El dictaminador es un héroe cultural infatigable que...
BENÉVOLA TERCERA: ... según él...
MOMO: ... lucha contra la hidra de Lerna y todas sus cabezas:
BENÉVOLA PRIMERA: La poeta de ocasión.
BENÉVOLA SEGUNDA: El columnista ególatra.
BENÉVOLA TERCERA: El politiquillo con ínfulas de estadista...

MOMO: ... y el que le escribe sus discursos.
BENÉVOLA PRIMERA: La novelista de taller.
BENÉVOLA SEGUNDA: La periodista con vena narrativa.
BENÉVOLA TERCERA: El empresario con la fórmula del éxito...
MOMO: ... y sus herederos.
BENÉVOLA PRIMERA: El embajador en retiro.
BENÉVOLA SEGUNDA: La jubilada con recuerdos.
BENÉVOLA TERCERA: El académico que escribe en derridiano...
MOMO: ... y sus tesistas.
BENÉVOLA PRIMERA: El versificador que rima sin ironía.
BENÉVOLA SEGUNDA: El artista que manda un «artefacto textual».
BENÉVOLA TERCERA: La becaria del Sistema Nacional de Investigadores...
MOMO: ... y la del Sistema Nacional de Creadores de Arte.
BENÉVOLA PRIMERA: La ensayista de obviedades.

BENÉVOLA SEGUNDA: El crítico sin convicciones.
BENÉVOLA TERCERA: La mamá que manda los cuentos infantiles que escribió para su hija...
MOMO: ... y la hija que manda las memorias de mamá.
BENÉVOLA PRIMERA: El cuentista que exige una reedición, cuando su título no vendió ejemplares.
BENÉVOLA SEGUNDA: El poeta menor que cabildea la publicación de sus *Obras completas.*
BENÉVOLA TERCERA: La *influencer* que escribe tuits...
MOMO: ... y su esposo, que cree que con dinero baila el perro.

XXVIII

MOMO: Si en los primeros siglos del libro impreso el dictaminador fue un centinela

encargado de velar por la integridad de la fe y las buenas costumbres, después de la Revolución francesa no va a desaparecer, como decíamos, pero sí va a reacomodarse. Y, si antes le rendía cuentas a la Iglesia católica y a sus jerarcas, ahora, sin hábito, le responderá a otra institución igualmente totalitaria: la libre empresa. En particular a las empresas editoriales que pagan por sus dictámenes y que solo excomulgan a los autores por uno de dos pecados: porque su texto no va a vender o porque está «mal» escrito. A veces hay indulgencias y un texto puede ser publicado, aunque no venda, porque está «bueno» o porque, aunque no guste tanto, le da cierto prestigio al catálogo; de la misma forma en que un texto «malo» puede salir a la luz por su potencial comercial. Estos son, *grosso modo,* los dos polos de la moderna industria del libro, conformada por empresas que —aunque algunas priorizan las ventas y otras el prestigio— siempre,

todas, están en busca del santo grial: un *best seller* culto, ese título que satisface a la crítica tanto como a la caja registradora.

En su manual de edición titulado *De la idea al libro,* Patricia Piccolini dice que los dictaminadores contemporáneos...

BENÉVOLA PRIMERA: «Deben ser, fundamentalmente, excelentes lectores, lo que no necesariamente se corresponde con los mayores grados académicos o el conocimiento público.»

MOMO: En otras palabras, más que un especialista, académico o crítico de prestigio, el dictaminador, al menos el dictaminador de textos literarios, debe tener algo de cazatalentos. Debe poseer cierto olfato, cierto oído; un sexto sentido que le permita, desde las primeras páginas, reconocer si un texto vale la pena o no. El editor Ford Madox Ford decía...

BENÉVOLA SEGUNDA: «Abra el libro por la página noventa y nueve y lea: las cualidades de la obra le serán reveladas.»

MOMO: Por su parte, Jorge Herralde recomendaba...

BENÉVOLA TERCERA: «Solo hay que leer cuatro páginas para saber si un libro es bueno.»

MOMO: Italo Calvino, mucho más generoso, escribió: «Solo leo lo que me parece suficiente para descubrir los tres elementos que me sirven para establecer si un libro existe o no: 1) si tiene un lenguaje; 2) si tiene una estructura; 3) si muestra algo, de ser posible algo nuevo».

Pero Piccolini, en su manual, recomienda que...

BENÉVOLA PRIMERA: «Para aprovechar al máximo la lectura...»

MOMO: El dictaminador...

BENÉVOLA TERCERA: «... concluya su trabajo con un informe. Este puede asumir distintas formas, pero debe constar básicamente de una descripción de la obra, una estimación de quiénes podrían ser sus lectores y un dictamen final.»

MOMO: ¿Este «Informe» no evoca al «Parecer» elaborado durante el antiguo régimen? ¿Ese «Dictamen Final» no es otra forma de rechazar o aprobar la polémica «Licencia»? Propongo que en cada dictaminador contemporáneo pervive un inquisidor del Santo Oficio.

XXIX

BENÉVOLA TERCERA: Escuchen esto: según un estudio realizado para la plataforma de libros electrónicos Kindle, el treinta por ciento de los españoles se ha planteado la idea de publicar un libro y un quince por ciento ya empezó a escribirlo.

BENÉVOLA SEGUNDA: Jesús, María y José. ¿Cuántos españoles hay?

BENÉVOLA PRIMERA: Se calcula que unos 47 615 034.

BENÉVOLA SEGUNDA: Eso quiere decir que..., ahorita mismo, en este instante, más de

siete millones de personas están escribiendo un texto para ser publicado, solo en ese país.

BENÉVOLA PRIMERA: No me extraña, son del primer mundo.

BENÉVOLA TERCERA: Así es, Europa siempre ha estado a la vanguardia.

BENÉVOLA SEGUNDA: ¿A la vanguardia de qué? No digas idioteces. ¿Quién va a leer todos esos textos? ¿Será que hemos alcanzado ese hipotético punto donde los escritores son más numerosos que los lectores?

BENÉVOLA TERCERA: Uy, sí, según mis cálculos, hace rato.

XXX

BENÉVOLA PRIMERA: «Realmente, muchísimo es lo que debe ser enterrado si se desea conservar la salud del lenguaje y de la sensibilidad. En vez de enriquecer nuestra conciencia, en vez de ser manantiales

de vida, demasiados libros encierran para nosotros las tentaciones de la facilidad y de un grosero y efímero solaz», George Steiner.

XXXI

MOMO: Lo que me interesa es señalar los paralelismos entre el censor y el dictaminador. El primero decidía qué libro podía publicarse y cuál no, siempre con la intención de fortalecer el poder de la Iglesia y la Corona, siempre tratando de legitimarlos. El dictaminador moderno, igualmente, aunque forma parte de un filtro editorial más complejo, ayuda a descartar y dejar inédito lo impublicable, siempre con la intención de fortalecer los principios de la libre empresa, que son las ventas. El primero se rige por un código moral; el segundo lo hace por un código estético que es, inevitablemente, mercadológico. En este sentido, un dictaminador

eficiente jamás va a recomendar un texto, un volumen o una estética que en verdad atente contra los valores del capitalismo, y, si lo llega a hacer, y su sugerencia se concreta en mercancía —piensen en un *long seller* como el *Manifiesto comunista,* de Marx y Engels, por poner un ejemplo—, es solo para que la libre empresa pueda seguir ufanándose de su supuesta «libertad». Esta es, básicamente, nuestra función en la industria del libro: ser algo así como los cadeneros que regulan la admisión en el antro de la literatura, y lo hacemos a cambio de casi nada, a cambio de ocupar un lugar «en el centro mismo del "medio"». ¿Me explico?

¿Alguien tiene una pregunta?

BENÉVOLA TERCERA: Bueno, muchas gracias por tu plática... Nos has dejado con mucho en qué pensar, ¿verdad?... En lo que se les ocurre una pregunta para el ponente, pienso que, tal vez, algunos miembros de nuestro auditorio, aquí y en casita, podrían estarse preguntando qué

es lo que tú, ¿no?, como un experto en el área, como un especialista, les recomendarías para poder ser publicados por una editorial de prestigio.

XXXII

MOMO: Bueno, para que los publique una buena editorial, lo más importante es... ¿Qué será lo más importante?

BENÉVOLA PRIMERA: Escribir desde la herida.

BENÉVOLA SEGUNDA: Sin duda, solo se puede escribir algo potente si has sufrido.

MOMO: No, no, para que te publique una editorial chingona, lo que no puede faltar es...

BENÉVOLA PRIMERA: Trabajar tu voz con la paciencia de un orfebre.

BENÉVOLA SEGUNDA: Pulir con un torrente de agua cristalina el guijarro del lenguaje.

MOMO: Ok, sí, pero más que eso hay que...

BENÉVOLA PRIMERA: Escribir de lo que sabes.

BENÉVOLA SEGUNDA: Escribir el libro que tú querrías leer.

MOMO: Sí, también, también, pero principalmente...

BENÉVOLA PRIMERA: Es la forma.

BENÉVOLA SEGUNDA: Es el fondo.

BENÉVOLA PRIMERA: Construir personajes redondos, tridimensionales...

BENÉVOLA SEGUNDA: Hablar de la violencia, la migración y los desaparecidos...

BENÉVOLA PRIMERA: ... con una pizca de misterio y entreteniendo al lector.

BENÉVOLA SEGUNDA: ... sin miedo ante la crítica o la denuncia.

BENÉVOLA PRIMERA: Como Cervantes en el *Quijote.*

BENÉVOLA SEGUNDA: O García Márquez en *Cien años de soledad.*

MOMO: ¡Exacto! Para publicar, lo más importante es ser hombre.

BENÉVOLA PRIMERA: Blanco.

BENÉVOLA SEGUNDA: Cis.

MOMO: O al menos escribir como un hombre blanco cis. Otra cosa que al parecer ayuda

mucho, al menos de un tiempo a esta parte, es tener muchos seguidores en redes.

XXXIII

BENÉVOLA SEGUNDA: Yo tengo otra pregunta: ¿qué vamos a publicar en un mundo de recursos limitados? ¿Qué vamos a privilegiar en un contexto donde la naturaleza vuelva a ser, inevitablemente, preciosa? Es decir, si los dictaminadores han respaldado, como tú dices, el poder de la Iglesia y la Corona, así como el de la libre empresa, ¿qué va a pasar ahora con esta crisis? ¿Cuál será el «programa» editorial del porvenir?

XXXIV

MOMO: Cada año que camino por entre las mesas de novedades de la FIL me hago esa misma pregunta. Demasiados libros.

Demasiados cintillos celebratorios. Demasiados *blurbs.* Cualquiera diría que vivimos en un siglo de oro, ¿no?, pero, apenas abro los ejemplares, apenas leo el inicio de algunos de ellos —después de arrancar con ferocidad el estúpido retractilado—, siento que, en buena medida, estoy leyendo las invenciones de una muy sofisticada, pero al mismo tiempo muy redundante, inteligencia artificial. Prosa de algoritmo, con sus limitadas variables, que sigue tratando de entretenerme, intrigarme, distraerme o evadirme, como si viviéramos sin Internet, sin televisión, ¡sin cine!, en pleno siglo XIX. ¿Esto es lo que tendríamos que estar escribiendo durante la sexta extinción masiva? ¿Esto es lo que tendríamos que estar publicando y leyendo? El mundo ya cambió —y lo está haciendo de formas aterradoras—, pero la literatura se niega a hacerlo.

Ahora mismo, sin ir más lejos, tengo tres textos en formato PDF abiertos en mi computadora. Todavía no los leo, pero sospecho cuál va a ser mi veredicto. Los voy a revisar, por supuesto, y haré el reporte correspondiente, pero la experiencia me dice que no tienen lo que se necesita para formar parte de un buen catálogo. Ahora imaginemos por un instante que estos tres documentos que tengo aquí son buenos. Imaginemos que son buenísimos y que pronto serán publicados, reeditados, traducidos y premiados, convirtiéndose en «clásicos contemporáneos», como dicen audazmente. Yo los recomendaría con entusiasmo, claro está, pero ¿acaso eso es suficiente? En otras palabras, como dictaminador profesional de editoriales literarias ando en busca de poéticas prestigiosas, pero la docilidad y funcionalidad mercantil de estas estéticas me hacen sospechar que, aunque vendan o gusten (o precisamente porque venden y gustan), son ya anacrónicas. Todo dictaminador auténtico debe estar al acecho del porvenir, y el porvenir no puede desembocar en la lista de lo mejor del año o

de lo más vendido porque esas listas son el pasado. Como dictaminadores tenemos que ir más allá, ese es nuestro destino, y cuando lo asumimos nos damos cuenta de que casi todo lo que hemos leído está caduco, ha pasado ya su fecha de vencimiento. Y las cosas seguirán idénticas mientras no podamos salir de todo esto que denominamos «industria editorial».

XXXV

BENÉVOLA PRIMERA: Queremos que escribas un texto sin huella ecológica.
BENÉVOLA SEGUNDA: Un texto autosustentable, biodegradable y reciclable.
BENÉVOLA TERCERA: Un texto para ser leído en comunidad.
BENÉVOLA PRIMERA: Un texto cuyas imágenes no puedan cotizarse en la bolsa.
BENÉVOLA SEGUNDA: Queremos, desde luego, un texto sin código de barras.

BENÉVOLA TERCERA: Un texto escrito con otres.
BENÉVOLA PRIMERA: Un texto sin firma, sin derechos de autor ni ISBN.
MOMO: Pero ¿queremos un texto o un lugar donde la vida pueda renovarse?
BENÉVOLA SEGUNDA: ¡Queremos leer un compostero de lenguaje!
BENÉVOLA TERCERA: Un hongo que desintoxique las metáforas.
BENÉVOLA PRIMERA: Con una poética pertinente en un mundo sin agua.
BENÉVOLA SEGUNDA: Un texto no humano.
BENÉVOLA TERCERA: El homérico texto del futuro próximo.
BENÉVOLA PRIMERA: El fenomenal texto simbionte.
BENÉVOLA SEGUNDA: Un texto tan desapropiado que, en realidad, sea de nadie.
BENÉVOLA TERCERA: Queremos un texto regalado, intercambiado.
MOMO: Con un epígrafe donde se lea: *This is the end!*

BENÉVOLA PRIMERA: Un texto que no pueda encuadernarse y circule, más bien, como meme.

MOMO: Un texto que no despida olor a palomitas.

BENÉVOLA SEGUNDA: Queremos, sí, un texto que haga volar las compuertas del mañana.

BENÉVOLA TERCERA: Queremos un texto que, en medio de la noche, nos ayude a despertar.

XXXVI

BENÉVOLA SEGUNDA: Los primeros cristianos lo tenían asombrosamente claro: había que copiar y perpetuar la palabra de Dios. Antes que cualquier otra cosa, los Evangelios. Muchos Evangelios. Luego los otros libros del Nuevo Testamento y solo en un lugar muy opulento, muy próspero, se podían encontrar copias de algunos libros del Antiguo y otras rarezas bibliográficas. Para ello requerían de enormes

cantidades de pergamino, y como era un artículo de lujo reciclaban todo el que podían. Cualquier manuscrito pagano era bueno para ser borrado y vuelto a utilizar en aquellas bibliotecas conventuales que, tratando de salvarnos el alma, nos privaron del noventa por ciento de la literatura clásica. ¿Qué provecho podían tener todas esas palabras si sus autores nunca habían escuchado la buena nueva de nuestro Salvador?

Algo parecido va a suceder un día de estos, pronto —si no es que está sucediendo ya—, y vamos a empezar a reciclar grandes cantidades de papel impreso durante la Noche Capitalista para tratar de darle un nuevo significado. ¿Qué provecho pueden tener todas estas palabras, si fueron escritas, reproducidas y consumidas por las criaturas que destruyeron los ecosistemas? ¿De qué sirven? Somos, si acaso, los monstruos de mitologías por venir, y todo esto forma parte de nuestras atrocidades.

XXXVII

Mientras los personajes cantan el «Agnus dei» y «Lux aeterna» de la misa de difuntos —de preferencia en la versión del réquiem de Gabriel Fauré—, recogen los libros y manuscritos que están esparcidos en el escenario y los meten a una máquina trituradora de papel.

MOMO, BENÉVOLA PRIMERA, BENÉVOLA SEGUNDA Y BENÉVOLA TERCERA:

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona eis requiem,
Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona eis requiem,
Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona eis requiem sempiternam.
Lux aeterna luceat eis, Domine,
cum sanctis tuis in aeternum,
quia pius es.

XXXVIII

MOMO: Como he tratado de mostrarles hoy, nuestro trabajo tiene como finalidad que la máquina de hacer libros no se detenga. Disciplinadamente, con cada uno de los informes de lectura que hemos confeccionado, engrasamos sus mecanismos y los liberamos de rebabas para que nada pueda obstruir su totalitario monólogo financiero. ¿Quién encontrará la manera de poner una piedra entre sus engranajes?

XXXIX

BENÉVOLA SEGUNDA: Pásame los que están apilados por ahí, por favor.
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Estos?
BENÉVOLA SEGUNDA: Sí.
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Ya los revisaste?
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Qué?
BENÉVOLA PRIMERA: ¡Que si ya los revisaste!
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Qué quieres que revise?

BENÉVOLA PRIMERA: No sé..., si sirven o valen o algo... ¡Hay que hacer una evaluación!

BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Evaluación?

BENÉVOLA TERCERA: Creo que esta es una primera edición de García Lorca.

BENÉVOLA PRIMERA: ¿En serio?

BENÉVOLA TERCERA: Creo...

BENÉVOLA PRIMERA: ¿Título?

BENÉVOLA TERCERA: *El público.*

BENÉVOLA PRIMERA: ¿Fecha?

BENÉVOLA TERCERA: 1976.

BENÉVOLA PRIMERA: Es muy tardía para una primera edición, ¿no?

BENÉVOLA SEGUNDA: Échamelo, y pásame también los de esa repisa.

BENÉVOLA TERCERA: ¿No podemos dejarlos así como estaban? Se veían muy bien.

BENÉVOLA SEGUNDA: Imposible, mamá necesita rentar el sótano y fue muy franca: de Momo solo quiere quedarse con la televisión.

BENÉVOLA TERCERA: Pero podríamos venderlos.

BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Qué dices? No te oigo.

BENÉVOLA PRIMERA: ¡Que podríamos venderlos!

BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Para que nos den una miseria?

BENÉVOLA TERCERA: Algo es algo.

BENÉVOLA SEGUNDA: Pon los de pasta dura allá y los de pasta blanda acá, y todo el papel que encuentres lo echas directamente a la trituradora.

BENÉVOLA PRIMERA: O al menos podríamos donarlos, ¿no?

BENÉVOLA TERCERA: ¡Este me encanta!

BENÉVOLA SEGUNDA: ¿A quién? ¿A dónde?

BENÉVOLA PRIMERA: Pues...

BENÉVOLA TERCERA: Oye, este era mío.

BENÉVOLA PRIMERA: A una biblioteca, a una escuela, qué sé yo.

BENÉVOLA SEGUNDA: Si no los queremos ni nosotras...

BENÉVOLA TERCERA: ¡Este está autografiado!

BENÉVOLA PRIMERA: ¿Autor?

BENÉVOLA TERCERA: Garro, Elena.

BENÉVOLA PRIMERA: ¿Título?
BENÉVOLA TERCERA: *Un hogar sólido.*
BENÉVOLA PRIMERA: Apártalo.
BENÉVOLA SEGUNDA: Ustedes no se los quieren llevar, yo tampoco me los quiero llevar, así que esta es la mejor opción.
BENÉVOLA TERCERA: La mejor opción es venderlos.
BENÉVOLA SEGUNDA: Malbaratarlos.
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Y tú por qué no te los quieres llevar?
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Qué?
BENÉVOLA TERCERA: Creo que este es un inédito.
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Suyo?
BENÉVOLA TERCERA: No creo...
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Autor?
BENÉVOLA TERCERA: Novo, Salvador.
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Título?
BENÉVOLA TERCERA: *Le troisième Faust...* Está muy raro...
BENÉVOLA PRIMERA: ¿A ver?
BENÉVOLA TERCERA: ¿Será un inédito?
BENÉVOLA PRIMERA: Apaga la máquina.

BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Qué?
BENÉVOLA TERCERA: ¡Que apagues la máquina!
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Qué quieres?
BENÉVOLA PRIMERA: ¿De verdad crees que lo mejor es convertir su biblioteca en papel de estraza?
BENÉVOLA SEGUNDA: Yo creo que él preferiría transformarla en papel revolución.
BENÉVOLA TERCERA: «Papel revolución...». Siempre tan grandilocuente.
BENÉVOLA PRIMERA: Tan rimbombante.
BENÉVOLA SEGUNDA: Pomposo.
BENÉVOLA TERCERA: Pretensioso.
BENÉVOLA PRIMERA: Afectado
BENÉVOLA SEGUNDA: Ampuloso.
BENÉVOLA PRIMERA: ¡Basta! Vamos a someterlo a votación.
BENÉVOLA SEGUNDA: No.
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Quién quiere vender lo que queda de la biblioteca?
BENÉVOLA PRIMERA Y BENÉVOLA TERCERA: ¡Yo!
BENÉVOLA PRIMERA: ¿Quién quiere triturarla?

BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Qué dices? No te oigo.
BENÉVOLA TERCERA: No, dos contra una, ya perdiste.
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Qué?
BENÉVOLA TERCERA: ¡Apaga la máquina, carajo!
BENÉVOLA SEGUNDA: No te oigo.
BENÉVOLA PRIMERA: Tienes que acatar el dictamen y punto.
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿Qué?
BENÉVOLA PRIMERA: ¡Que tienes que acatar el dictamen!
BENÉVOLA SEGUNDA: ¿El qué?
BENÉVOLA TERCERA: ¿Dictamen?
BENÉVOLA SEGUNDA: ¡Descartado!

AGRADECIMIENTOS

Como todo texto, este ha sido tejido por mí con las palabras e ideas de varias personas y documentos.

Los informes de lectura provienen de los archivos de la editorial estadounidense Knopf, así como de los archivos de la censura franquista, y fueron firmados por [Ilegible] (II), Andrés de Lucas (IV), Herbert Weinstock (VII), Judith Jones (XI, XXVI) y José Vila Selma (XVII). La sección XXXV es una reescritura del «Poema en que la enunciante apenas

Guillermo Espinosa Estrada

Guillermo Espinosa Estrada (Puebla, 1978) es profesor, ensayista y crítico literario. Estudió Literatura en la Universidad de las Américas Puebla, en donde también ha impartido clases, y un doctorado en Literatura Hispánica en la Universidad de Boston. Mientras escribía la tesis doctoral en un cubículo de la Biblioteca Mugar Memorial, en Estados Unidos, empezó a recopilar distintos fragmentos de textos, con los que más tarde fundaría el proyecto digital *Bibliotheca Scriptorum Comicorum,* un repositorio de

literatura sobre comicidad —y antecedente de sus próximas publicaciones.

Entre 2007 y 2009 fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas, en el área de ensayo literario. De este periodo surgió su primer libro, *La sonrisa de la desilusión,* un asombroso ejercicio de ficción autobiográfica, cuyos ensayos ahondan en los matices del humor de la sociedad, el mundo del entretenimiento, la literatura y la música. Le siguió el libro *Entre un caos de ruinas apenas visibles,* en el que nuevamente demuestra su interés profundo por el humor, ahora desde una investigación sobre el papel de la risa en distintas civilizaciones y corrientes religiosas, mientras a la par entreteje una historia fragmentaria de amor trágico.

Esa mirada incisiva sobre la risa se ha convertido en un tema central —que limita con lo obsesivo— en sus escritos. La cualidad de profundizar en un tema hasta casi agotarlo también se extiende a otras áreas de su interés, entre ellas, la crisis climática o el periodo colonial y novohispano del país.

Como ejemplo, fue el coordinador principal de la edición, introducción y notas de *Ordenanzas del Baratillo de México,* de Joseph Carlos de Colmenares, un manuscrito que por mucho tiempo fue catalogado bajo el pseudónimo de don Pedro Anselmo Creslos Jache.

Algunos de sus artículos, ensayos y reseñas han aparecido en medios como *Letras Libres, Casa del Tiempo, Revista de la Universidad de México, Nexos, Tierra Adentro, Luvina, Criticismo, Laberinto, Confabulario,* entre otros. También ha sido profesor de literatura en la Universidad Iberoamericana Puebla y el Tecnológico de Monterrey, en la Ciudad de México, e imparte talleres constantemente en distintos recintos culturales del país.

Espinosa Estrada ha permanecido oculto en el mundo editorial, ya sea como creador o como dictaminador para distintos sellos mexicanos. Su personalidad literaria, además, tiende hacia la escritura y la edición en colectividad, una peculiar forma de autoedición

opuesta al trabajo realizado únicamente entre un autor y su editor. Mediante la oralización de sus escritos en talleres grupales —que muchas veces él mismo dirige— y la retroalimentación de los involucrados, consigue afinarlos. Estas características del autor permean en «Momo en los infiernos», que muestra las complejas y desconcertantes circunstancias que se requieren para que un libro sea publicado y la forma en que los dictaminadores transitan discretamente las bambalinas de la edición, a pesar de tener un papel crucial en el destino de los manuscritos.

Daniela Tarazona

Daniela Tarazona (Ciudad de México, 1975) es narradora, ensayista y editora. Estudió la Licenciatura en Literatura Latinoamericana y la Maestría en Letras Modernas en la Universidad Iberoamericana, en donde también ha sido docente, y realizó un doctorado en la Universidad de Salamanca. Estudia teatro en Madrid.

La obra narrativa de la autora se caracteriza por una estructura fragmentaria y poética que se aleja de la linealidad temporal; en cambio, sus escritos tienden a formarse de secuencias de escenas que recrean la fluidez

y el caos del pensamiento, el lenguaje y la realidad. Ejemplo de ello son las novelas *El animal sobre la piedra, El beso de la liebre* e *Isla partida,* por la que recibió el Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz en 2022. También ha escrito dos libros ensayísticos en torno a la vida y escritura de Clarice Lispector, una de las máximas figuras literarias de las letras brasileñas.

A pesar de la relevancia que Tarazona posee en el panorama contemporáneo, ha mencionado que su escritura más literaria ocupa, en realidad, una pequeña fracción de su tiempo: «Suelo escribir de a poco, de cuando en cuando, entre las sombras, casi a escondidas, como una criatura que resguarda su alimento. Alguna parte de mi mente piensa que escribo en secreto». En su vida profesional se ha dedicado a la gestión cultural, al periodismo —fue jefa de redacción de la revista *Travesías* y del suplemento de libros *Hoja por Hoja,* del diario *Reforma*— y a la coordinación editorial de catálogos para el Museo Nacional de Arte y el Museo

Tamayo. Además, ha colaborado en medios como *Letras Libres, Milenio y Luvina,* entre otros. Algunos de sus escritos forman parte de distintas compilaciones en español; entre ellas, *Nuevas instrucciones para vivir en México,* antología editada por Gris Tormenta.

© Taller Editorial Gris Tormenta, 2023
Guerrero Sur 34, Centro Histórico
76000, Querétaro, México
gristormenta.com

Guillermo Espinosa Estrada, 2023
© Daniela Tarazona, 2023

Edición: Mauricio Sánchez, Jacobo Zanella
Coordinación y diseño: Jacobo Zanella
Asistencia editorial: Germán Vázquez

ISBN 978-607-59556-3-6

Impreso en México / *Printed in Mexico*
Primera edición, octubre 2023

Se terminó de imprimir y encuadernar el 10 de octubre de 2023 en los talleres de Litográfica Ingramex en la Ciudad de México.

Este libro fue realizado con el apoyo del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales, a través de la vertiente Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales, 2022.

COLECCIÓN EDITOR

Perder el Nobel, de Laura Esther Wolfson
Traducción y prólogo de Marta Rebón

Las posesiones, de Thomas Bernhard
Prólogo de Andrés Barba

Una vocación de editor, de Ignacio Echevarría
Prólogo de Emiliano Monge

Ilegible, de Pablo Duarte
Prólogo de Tedi López Mills

Dentro del bosque, de Emily Gould
Traducción y prólogo de Isabel Zapata

Editar «Guerra y paz», de Mario Muchnik
Prólogo de Ida Vitale

Fallar otra vez, de Alan Pauls
Prólogo de Julián Herbert

El atuendo de los libros, de Jhumpa Lahiri
Prólogo de Carla Faesler

Un texto en camino, de Javier Jiménez Belmonte
Prólogo de Gonzalo Maier

El color favorito, de Valeria Tentoni
Prólogo de Daniel Saldaña París

Un cuento de Navidad, de Alejandro Zambra
Edición, prólogo y notas de Andrés Braithwaite

gristormenta

¿Cómo se elige qué libros publicar? Algunos editores confían en sus criterios y en sus programas, mientras que otros tienen lectores «expertos», ajenos a la editorial, que valoran los textos por ellos, creando a veces situaciones inverosímiles o dramáticas, en donde los años de trabajo (genial o mediocre) de un autor quedan en manos de personajes velados. Tomando la forma de una obra de teatro, esta sarcástica puesta en escena de los procesos de dictaminación es tan crítica como desoladora.

Para el dictaminador, hacer un reporte de lectura es dinero en la bolsa. Pero, más que por el pago —que no es mucho—, o por el prestigio —que es inexistente—, el dictaminador lo hace porque mantiene la esperanza que guardaron, en algún momento, todos sus ancestros: la de descubrir, un día, en la pila de manuscritos arrinconados, un diamante en bruto. —*Guillermo Espinosa Estrada*

La frustración de Momo, el sujeto dictaminante, es parecida a la nuestra. Vamos en busca del libro que deseamos leer con la procuración de una necesidad honda y casi imposible de satisfacer. —*Daniela Tarazona*

La colección Editor revela las historias que suceden antes de que un libro sea abierto por un lector: memorias y ensayos literarios sobre los oficios y procesos, largos e inesperados, que ocurren en el *backstage* del mundo editorial contemporáneo.

TALLER EDITORIAL
GRIS TORMENTA 2023
COLECCIÓN EDITOR 12

gristormenta.com

ISBN 978-607-59556-3-6

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

SISTEMA DE APOYOS
A LA CREACIÓN Y
PROYECTOS CULTURALES